Capítulo quinto

La India, potencia global en ciernes y clave del Indopacífico

Nicolás de Pedro

Resumen

En un contexto de creciente rivalidad entre China y EE. UU., la India, una nación todavía en proceso de concepción y definición de su gran estrategia y con la aspiración de llegar a ser una gran potencia, será decisiva en la forja de un nuevo equilibrio de fuerzas en Asia en un sentido amplio.

Su difícil relación con Pakistán lastra significativamente el horizonte estratégico de la India.

El primer ministro Narendra Modí ha dado al país vocación internacional y una renovada ambición. Sin renunciar a la autonomía estratégica, está por ver que camino elegirá Nueva Delhi para convertirse en un país clave, como desarrollará su relación con China y hasta dónde llega su compromiso con los EE. UU.

Palabras clave

India, China, EE. UU., Pakistán, Asia, océano Índico, estrategia, geopolítica global.

India, a budding global power and key to the Indo-Pacific

Abstract

In a context of growing rivalry between China and the US. India, a nation still in the process of designing and defining its great strategy and aspiring to become a great power, will be decisive in forging a new balance of forces in Asia in a broad sense.

His difficult relationship with Pakistan significantly hampers India's strategic horizon.

Prime Minister Narendra Modí has given the country an international vocation and renewed ambition. Without renouncing strategic autonomy, it remains to be seen which path New Delhi will choose to become a key country, how it will develop its relationship with China and how far its commitment to the US reaches.

Keywords

India, China, U.S., Pakistan, Asia, Indian Ocean, strategy, global geopolitics.

Introducción

La India está llamada a jugar un papel central en la geopolítica global de este siglo y muestra una creciente ambición internacional. Sin embargo, Nueva Delhi está aún en pleno proceso de concepción y definición de una gran estrategia y de su papel en el entorno de competición entre grandes potencias que se está configurando. De ahí su caracterización como potencia global en ciernes[1]. Lo que parece seguro en el contexto de la creciente rivalidad entre China y EE. UU. es que la India será decisiva en la forja de un nuevo equilibrio de fuerzas en Asia en un sentido amplio. La consolidación del Indopacífico como concepto y realidad geopolítica, reemplazando el enfoque de Asia-Pacífico, depende, en gran medida, de la posición que acabe adoptando Nueva Delhi y de la evolución de su vínculo con Washington. Y la India —con lazos aún sólidos con Rusia y vocación de una mayor presencia en Europa y Oriente Medio— también puede acabar jugando un papel relevante en el espacio eurasiático.

Desde mayo de 2014, bajo el enérgico liderazgo del primer ministro, Narendra Modi, la política exterior india está recibiendo un fuerte impulso. El objetivo explícito declarado es aupar a la India a la condición de potencia destacada (*leading power*) y no ser un mero poder equilibrador (*balancing power*). Es decir, «convertir la India de un simple actor importante en el orden global a uno con voluntad y capacidad para definir las prioridades del sistema internacional […] guiada por la ambición de estar entre quienes fijan las reglas (*rule-maker*) y no entre quienes deben conformarse con acatarlas (*rule-taker*)»[2]. El impulso y vocación internacional son característicos del Gobierno de Modi, pero su agenda mantiene evidentes continuidades con la de anteriores gabinetes y con la reformulación general de la política exterior india iniciada en los años noventa en la que se redescubre un vecindario ampliado y se inicia un acercamiento con EE. UU. Con la revitalización del Quad —diálogo de seguridad cuadrilateral con Australia, EE. UU. y Japón, además de la India—, Nueva Delhi apunta a un alineamiento cada vez más estrecho con Washington

[1] Ayres, A. (Noviembre/Diciembre, 2017). Will India Start Acting Like a Global Power? New Delhi's New Role. *Foreign Affairs.* https://www.foreignaffairs.com/articles/india/2017-10-16/will-india-start-acting-global-power

[2] Pant, H. V. (July 2019). Introduction. En: Pant, H. V. y Taneja, K. (eds.). *Looking Back, Looking Ahead: Foreign Policy in Transition Under Modi.* ORF Special Report. 93, p. 5. https://www.orfonline.org/wp-content/uploads/2019/07/ORF_SpecialReport_93_ForeignPolicy-Modi_NEW25July.pdf

en su estrategia frente a Pekín. Sin embargo, dados los debates y visiones confrontadas —incluyendo la obsesión india por su «autonomía estratégica»—, así como las complejidades del pensamiento estratégico indio y de su sistema político, queda por ver si esta apuesta se consolida y, posteriormente, se mantiene con futuros gobiernos.

En cuestiones de política exterior existen dos grandes consensos en Nueva Delhi: el primero, que la India debe ser un actor clave y protagonista del siglo XXI y el segundo, que el ascenso de China representa un desafío estratégico profundo. No obstante, no existe consenso sobre cómo alcanzar lo primero, ni sobre cómo abordar lo segundo. Pero todos los asuntos de la agenda, incluyendo las prioridades de seguridad o estratégicas —Pakistán, EE. UU. y Rusia— gravitan en torno a esas dos cuestiones. Este capítulo ofrece una panorámica de la política exterior de la India, partiendo de un repaso somero de su identidad, parámetros básicos y principales debates y dilemas. Se incluyen, además, tres apartados específicos dedicados a Pakistán, China y EE. UU., el triángulo estratégico que define la acción exterior de Nueva Delhi y su visión del Indopacífico y, en menor medida, de Eurasia. En todos los apartados se ha optado por la síntesis, con vistas a facilitar la comprensión de aspectos fundamentales, frente a la sobreabundancia de nombres y de fechas. Todo ello con el objetivo de contribuir a una mejor comprensión de la India como actor estratégico entre la audiencia hispanohablante.

Esencia y parámetros básicos de la política exterior de la India

Todos los países son únicos y singulares, pero algunos lo son un poco más que otros. La India representa un espacio civilizatorio propio y distintivo con una continuidad que puede trazarse hasta la cultura védica de mediados del segundo milenio a. C. Esto, junto con la interpretación india de su geografía e historia, son los elementos que moldean su cultura estratégica. Así, mirando desde Nueva Delhi a través de estos filtros, la India concibe un espacio cerrado al norte por la cordillera del Himalaya y su prolongación al oeste por el Hindú Kush, al este por la jungla birmana y al sur por el océano Índico. Un espacio frecuentemente fragmentado políticamente y extraordinariamente diverso desde el punto de vista étnico y lingüístico, pero al que el hinduismo y, en particular, el sistema de castas ha dotado de un sustrato cultural compartido.

Ese espacio conformado hoy día por Bangladés, Bután, Maldivas, Nepal, Pakistán y Sri Lanka es, junto con Afganistán, el que la India concibe como su región y vecinos inmediatos. Un espacio densamente poblado con más de 1.700 millones de personas, pero pobremente integrado y donde el comercio intrarregional apenas alcanza el 5 %, con pocos vuelos entre las capitales y pobres o nulas conexiones terrestres y ferroviarias. Esto es un reflejo de las difíciles relaciones políticas, particularmente entre la India y Pakistán, pero no solo. Desde los años 70, el término comúnmente aceptado para referirse a esta región en ámbitos diplomáticos es el de Asia del Sur en detrimento de subcontinente indio toda vez que la primacía de Nueva Delhi es contestada por otros vecinos. Irónicamente, India es, a su vez, un término repudiado por el nacionalismo hindú, ya que lo considera una invención foránea —Índika es un término de origen griego—. El nacionalismo hindú utiliza el nombre de Bharat para referirse a la India y la expresión Akhand Bharat, que significa «India no dividida», para aludir a una entidad que en su versión maximalista incluiría también al Tíbet y Myanmar, yendo más allá, incluso, de lo que había sido el imperio Maurya de los siglos IV al II a. C.

Hasta la llegada de los británicos por vía marítima, la India había sido invadida históricamente desde el noroeste por sucesivas oleadas de pueblos provenientes de Persia y Asia Central que cruzaban el paso de Jáiber para llegar a las fértiles llanuras del Punjab. La hegemonía incontestada del Imperio británico en el océano Índico, unida a la problemática relación con Pakistán desde la independencia de ambos en agosto de 1947, condujeron a que la India centrara su atención en sus fronteras terrestres y privilegiara el desarrollo de su Ejército de tierra en detrimento de su Armada. Este enfoque se mantendrá hasta bien entrada la década de los años 90 cuando la India reformule su política exterior. A grandes rasgos, en los 70 años transcurridos desde el acceso a la independencia, la política exterior de la India puede dividirse en dos grandes periodos: el primero, desde 1947 a 1991 y el segundo, desde entonces hasta hoy día. Es posible que, dado el impulso y dinamismo introducido por Narendra Modi y la configuración de un entorno caracterizado por la competición entre grandes potencias, pueda hablarse de un nuevo periodo a partir de 2017, pero aún no disponemos de la suficiente perspectiva.

El primer periodo de 1947 a 1991 está indisolublemente ligado a la figura de Jawaharlal Nehru y su dinastía (Indira Gandhi y Rajiv Gandhi). Nehru, arquitecto del sistema político indio, primer

ministro desde la independencia y hasta su muerte en 1964, fue simultáneamente ministro de asuntos exteriores durante los primeros diecisiete años. Su impronta es tan fuerte que se habla de sistema o modelo nehruviano[3]. Un modelo con tres ejes: democracia parlamentaria, economía fuertemente estatalizada y no alineamiento en política exterior. Esto último en el marco de la Guerra Fría y cuyo poso, pese a la transformación de la realidad internacional, perdura en el pensamiento indio. En política exterior Nehru combinaba un enfoque idealista con aspectos más pragmáticos. Así, por ejemplo, el no alineamiento tenía sentido estratégico en la medida que, sin la presencia de grandes potencias extrarregionales, la India era el actor dominante en Asia del Sur y le permitía obtener asistencia económica y tecnológica de ambos bloques. Sin embargo, también tenía un componente moral e, incluso, moralizante en el marco de la descolonización, donde la India juega un papel proactivo, pero evitando cualquier confrontación. De ahí que otra de las características de la política exterior india de este periodo sea la denominada «contención» o «prudencia» estratégica (*strategic restraint*). La guerra con China en 1962 fue el golpe más duro para la política exterior nehruviana y su aspiración de que el Movimiento de Países No Alineados jugara un papel prominente. Su hija Indira, como resultado de la tercera guerra indo-pakistaní (ver más adelante), acercaría a la India al bloque soviético, aun manteniéndose formalmente no alineada.

En la década de los años 90, sucesivas grietas conducen a un cuestionamiento completo del modelo nehruviano y se ponen las bases de la India emergente de hoy día, tanto en clave económica como estratégica. Esto incluye una mayor vocación de liderazgo en el vecindario, así como la reformulación de un vecindario ampliado o extendido que va de la costa oriental de África al sudeste asiático pasando por el golfo Pérsico y Asia Central. Eso incluye, además, mover el foco casi exclusivamente terrestre de las Fuerzas Armadas indias hacia el mar y de ahí la voluntad y planes para dotarse de una armada oceánica (*blue water*). Asimismo, durante esta década se ponen las bases para una relación cada vez más estrecha con EE. UU. y para una India con mayor vocación y ambición internacional. La nuclearización de la India desde 1998 es un paso más en su vocación de formar

[3] *Vid.* Pedro, N. de. (2016). El sistema político de la India: democracia inesperada y resiliente. En: Sodupe, K. y Río, B. del (coords.). *India como potencia emergente*. UPV. Pp. 215-252.

parte del grupo selecto de grandes potencias del sistema internacional. Shashi Tharoor resume ese consenso y ambición cuando afirma convencido que «ciertamente, Nueva Delhi estará entre esa media docena de capitales desde las que se dirigirá el mundo del siglo XXI»[4].

De esta manera, en estas últimas tres décadas los debates en Nueva Delhi sobre asuntos estratégicos giran de forma recurrente en torno a cuestiones como las siguientes: ¿cómo abordar el vecindario inmediato (singularmente, cómo resolver el asunto pakistaní)?, ¿qué papel debe jugar la India en el escenario global?, ¿se debe abandonar la prudencia estratégica y ser más proactiva?, ¿debe la India utilizar sus Fuerzas Armadas para proyectar su poder?, ¿se debe apostar por el alineamiento estratégico con EE. UU. o por el multialineamiento? ¿Cómo lidiar con una China con vocación hegemónica en Asia?, ¿debe ser el Indopacífico el eje que articule la política exterior de la India?

Pakistán ¿un problema intratable e irresoluble?

Pakistán sigue siendo el principal quebradero de cabeza para la política exterior india. Pese al evidente deseo de Nueva Delhi de concentrarse en su ascenso en el tablero global, el persistente conflicto con Islamabad sigue consumiendo atención y grandes esfuerzos. En los setenta años transcurridos desde la partición e independencia de ambos del Imperio británico en agosto de 1947, la India y Pakistán han librado cuatro guerras y han estado al borde en otras tantas ocasiones. Pakistán, aunque ha sido derrotado en todas ellas, ha sido siempre la parte que las ha iniciado. La actitud de la India, salvo contadas excepciones, ha sido defensiva y reactiva. También es importante destacar que las ocasiones en las que ha habido tensión prebélica, normalmente ha sido precedida por ataques pakistaníes en territorio indio, frecuentemente por medio de acciones terroristas. La tensión indo-pakistaní gravita, en apariencia, en torno a la cuestión de la disputada región de Cachemira, pero se trata de un conflicto mucho más complejo y profundo que una disputa territorial. La nuclearización de ambos desde mayo de 1998 no ha conducido a una relación ni más estable ni más predecible. Todo apunta a que se mantendrá como un asunto intratable de improbable

[4] Tharoor, S. (2012). *Pax Indica. India and the World in the 21st Century.* Penguin/ Allen Lane. P. 22.

resolución y que, previsiblemente, seguirá lastrando la proyección internacional de la India.

Pakistán suele argüir que afronta una amenaza existencial por parte de una India con aspiraciones hegemónicas y potencialmente revisionista con respecto a la partición de 1947. Sin embargo, el apoyo de Islamabad, particularmente de su servicio de inteligencia militar —el célebre Inter-Services Intelligence (ISI)— a toda una constelación de grupos terroristas de inspiración salafista yihadista desde finales de los años 70 ha ido restando apoyos diplomáticos al país. En particular, de EE. UU., que sufrió durante su despliegue en Afganistán las dificultades de que el grueso de su logística dependiera de su acceso al territorio pakistaní, mientras Islamabad mantenía su apoyo encubierto a los talibán. Pakistán cuenta, empero, con el respaldo permanente de China, una relación forjada desde la década de los años 60 y que se ha convertido en el asidero estratégico de Islamabad[5]. Este vínculo, unido a la presencia creciente de China en la región surasiática, incluida su proyección hacia el Índico, es una de las principales fuentes de preocupación e irritación en Nueva Delhi.

La rivalidad con la India responde también a cuestiones ideológicas y relacionadas con el sistema político pakistaní. Así, aunque Pakistán fue concebido más como una patria para los musulmanes de Asia del Sur que como un Estado islámico, afronta tensiones identitarias desde su mismo nacimiento por esta razón. Se toma el factor religioso como el elemento aglutinante de grupos étnicos diversos —no siempre bien avenidos— para crear una identidad nacional nueva construida frente a la de la India[6]. La confrontación con la India es, pues, un elemento implícito en el discurso nacional. De igual forma que millones de musulmanes —aproximadamente un tercio del total en el momento de la partición— optaran por permanecer en la India representaba, entonces y ahora, un potencial desafío ideológico para Islamabad. Si eso era posible, cabía preguntarse por la necesidad real de la partición. Y más teniendo en cuenta que la idea de Pakistán como entidad estatal independiente es tardía —no se plantea hasta finales de la década de los años 30— y responde al impulso de la élite dirigente de la Liga Musulmana, encabezada por Muhammad Ali Jinnah, no a una demanda popular. Los líderes de la indepen-

[5] *Vid.* Small, A. (2015). *The China-Pakistan Axis. Asia´s New Geopolitics.* Random House India.

[6] Jaffrelot, C. (2002). Nationalism without a Nation. Pakistan Searching for its Identity. En: Jaffrelot, C. (ed.). *Pakistan. Nationalism without a nation?* Zed Books. Pp. 7-48.

dencia india, salvo Gandhi, acabaron aceptando la partición por puro pragmatismo, pero rechazando la premisa ideológica de que hindúes y musulmanes no podían convivir en un mismo país. No en vano, el secularismo —entendido como una defensa de la neutralidad del Estado ante la pluralidad y la diversidad— era uno de los pilares de la India democrática ideada por Nehru. Así, desde la óptica de la identidad nacional de Pakistán hay un elemento subyacente de rivalidad con la India de difícil superación.

Además, como resultado de la política británica de privilegiar el reclutamiento, en la terminología de la época, entre las «razas marciales», esto es, musulmanes y sijs, para su ejército colonial, Pakistán heredó unas Fuerzas Armadas y una oficialidad desproporcionadas[7]. Esto se ha traducido en un dominio efectivo sobre la vida política y económica del país hasta el presente. En cuanto a esto último, la investigadora pakistaní Ayesa Siddiqa publicó en 2007 un libro, desde entonces ampliamente citado, en el que diseccionaba lo que denomina el «Milbus» (*military business involvment*), la captura de grandes activos económicos por parte de los oficiales de alto rango[8]. Se crea así un contexto en el que el Ejército tiene un incentivo para mantener la tensión con la India ya que la supuesta amenaza existencial legitima su posición dominante en la vida política y económica de Pakistán. De esta manera, puede que el Ejército pakistaní no quiera la guerra, pero tampoco necesariamente la paz. Es decir, no está interesado desde el punto de vista estratégico en alcanzar un acuerdo definitivo con la India[9]. Y este es un punto de vista crecientemente extendido no solo en la India o entre observadores extranjeros, sino también entre sectores civiles pakistaníes deseosos de superar el conflicto y concentrar las energías en el desarrollo y modernización del país. Así, Husain Haqqani, reputado autor y diplomático pakistaní, indica que, si bien la responsabilidad «descansa en ambos lados de la frontera (y ocasionalmente en terceros actores), [la relación] se ha enmarañado especialmente por la obsesión casi patológica de Pakistán con la India»[10]. Lo que el

[7] *Vid.* Jaffrelot, C. (March/April, 2011). The Indian-Pakistani Divide: Why India Is Democratic and Pakistan Is Not. *Foreign Affairs.* Pp. 140-145. https://www.jstor.org/stable/25800464?refreqid=excelsior%3A022a0829528f57a8fb6bb5bce6d1ce4c

[8] Siddiqa, A. (2007). *Military Inc.: Inside Pakistan's Military Economy*. Pluto Press.

[9] *Vid.* Almeida, C. (July, 2010). The Peace Chimera: India and Pakistan. *Atlantic Council*. https://www.atlanticcouncil.org/blogs/new-atlanticist/the-peace-chimera-india-and-pakistan/

[10] Haqqani, H. (2016). *India vs Pakistan. Why can't we just be friends?* Juggernaut Books. P. 7.

investigador francés, Jean-Luc Racine, denomina el «síndrome India» de Pakistán[11].

Este síndrome se manifiesta desde la misma partición. Así, la primera guerra indo-pakistaní estalla apenas dos meses después de conseguir la independencia, cuando, a finales de octubre de 1947, el ejército pakistaní lanza a miles de voluntarios pastunes para capturar la región de Cachemira, cuyo marajá, tras muchos titubeos, había optado por la incorporación de su principado a la India. Alrededor de tres cuartas partes de los entonces cuatro millones de habitantes de esta región, eran de fe musulmana, razón por la cual Pakistán consideraba que debía formar parte de su naciente Estado. La India, por el contrario, rechazaba este planteamiento y respondió al ataque pakistaní. A grandes rasgos, el contexto territorial cachemir actual queda fijado como resultado de esta guerra. La zona septentrional, regiones de Gilgit-Baltistán, quedan bajo control pakistaní y la zona meridional, Jammu y el valle de Cachemira, con su capital, Srinagar, y el Ladakh bajo dominio indio. Además, existe una franja denominada *Azad Kashmir* (Cachemira libre), teóricamente independiente, pero bajo control efectivo de Pakistán.

Esa división no sufrirá cambios significativos en las décadas subsiguientes, salvo como resultado de la guerra entre la India y China en 1962 que se saldará con una derrota sin paliativos de Nueva Delhi y con la captura de parte del territorio de Aksai China, incorporado por Pekín desde entonces. Esta guerra impulsa el acercamiento estratégico sino-pakistaní —formalizado en el acuerdo bilateral de 1963 por el que Islamabad cedía otra parte de territorio cachemir— y es, en parte, antesala de la segunda guerra indo-pakistaní de agosto-septiembre de 1965. Una guerra de elección motivada por la percepción pakistaní de disponer de una ventana de oportunidad frente a una India debilitada por su derrota de 1962 frente a China. Los combates se localizaron en la línea de alto el fuego en Cachemira y se extendieron posteriormente por la zona fronteriza del Punjab. De nuevo, la India respondió eficazmente al ataque inicial pakistaní. Esta segunda guerra no produjo cambios territoriales permanentes ni cambios significativos en los parámetros de la rivalidad indo-pakistaní[12].

[11] Racine, J.-L. (2002). Pakistan and the 'India Syndrome': Between Kashmir and the Nuclear Predicament. En: Jaffrelot, C. (ed.). *Pakistan. Nationalism without a nation?* Zed Books. Pp. 195-227.

[12] *Vid.* Singh, J. (2013). *India at Risk. Mistakes, Misconceptions and Misadventures of Security Policy.* Rainlight/Rupa. Pp. 72-99.

A diferencia de las dos precedentes, la tercera guerra entre ambos no se desarrolla en Cachemira, sino en el, por entonces, Pakistán Oriental, hoy día Bangladés. La crisis se inicia por razones puramente internas pakistaníes, cuando la élite dirigente de Islamabad —fundamentalmente de cultura punjabi, urdu y sindi— se niega a reconocer el triunfo de un candidato bengalí en las elecciones generales de 1970. Y frente a la tesitura de tener que cederle el poder, opta por lanzar una campaña de represión masiva que genera una ola de violencia tan brutal que provoca un éxodo de alrededor de 10 millones de refugiados hacia el territorio de Bengala Occidental en la India. Ante esta situación, la India concluye que el coste de no intervenir es mayor que el de hacerlo y así lo hace durante trece días de diciembre de 1971[13]. Esta guerra tiene un mayor impacto estratégico que las precedentes y sus consecuencias, al igual que las de la guerra sino-india de 1962, resuenan aún en las percepciones actuales.

En clave puramente indo-pakistaní por los acuerdos de paz de julio de 1972 se acuerda renombrar la línea de alto el fuego en Cachemira a su denominación actual como Línea de Control (*line of control, LOC*). Esto es relevante porque refleja la voluntad india por lograr una resolución duradera o incluso definitiva del asunto. De hecho, la primera ministra india, Indira Gandhi, «habría aceptado la LOC como frontera internacional de Cachemira, si Pakistán hubiera accedido a ello»[14]. De igual forma, pese a perder la mitad de su población con la proclamación de la independencia de Bangladés y a la brutalidad desplegada contra la población bangladesí —lo que el gobierno de Dhaka denomina genocidio por los cientos de miles de personas asesinadas— Pakistán mantendría su discurso oficial como patria de los musulmanes de Asia del Sur y su reclamación sobre Cachemira en virtud de la teoría de las «dos naciones» (hindúes frente a musulmanes).

En clave regional e internacional, el acercamiento sino-pakistaní y el papel de Islamabad como facilitador de la relación entre Pekín y Washington, unido al evidente respaldo de EE. UU. a Pakistán durante el conflicto —lo que incluyó el despliegue en la bahía de Bengala frente a Kolkata de un grupo de combate naval, liderado por el portaaviones USS Entreprise— lleva a Nueva Delhi a reforzar su vínculo con la Unión Soviética[15]. Así, aun manteniendo

[13] *Vid.* Sengupta, N. (2011). *Land of Two Rivers. A history of Bengal*. Penguin Books. Pp. 537-572.

[14] Wolpert, S. (2010). *India and Pakistan. Continued Conflict or Cooperation?* University of California Press. P. 47.

[15] *Vid.* Khasru, B. Z. (2010). *Myths and Facts. Bangladesh Liberation War.* Rupa Co.

formalmente su carácter de no alineado, Nueva Delhi firma en agosto en 1971 un tratado de paz, amistad y cooperación con la URSS que sitúa a la India mucho más próxima a la órbita soviética. Además, el temor a EE. UU. y China impulsa el programa nuclear indio y conduce a su primer ensayo en mayo de 1974 en Pokhran, en el estado de Rayastán. Por su parte, Pakistán, espoleado por su tercera derrota ante la India, toma ya en enero de 1972 la decisión —secreta por aquel entonces— de desarrollar armas nucleares[16]. Programa que se acelera tras el ensayo indio del 74. A este periodo corresponde la famosa declaración del líder pakistaní, Zulfikar Ali Bhutto, de que antes «comerían hierba» que reducir el presupuesto de su programa atómico.

El programa nuclear de ambos también muestra los diferentes enfoques de la India y Pakistán. Así, el de la India se ha desarrollado exclusivamente con medios propios y con vistas a alcanzar un estatus de gran potencia que permitiera una relación más equilibrada con China y EE. UU., mientras que el de Pakistán se desarrolla con uranio importado de Libia, tecnología de misiles compartida por China y Corea del Norte, y conocimiento técnico robado a los Países Bajos. Pero, aún más preocupante, los científicos nucleares pakistaníes actúan inspirados por sentimientos islamistas y profundamente antiindios. Y no solo el célebre «padre» de la bomba pakistaní, Abdul Qadeer Khan, sino otros como Samar Mubaeakmand, quien se ha jactado en público de que Pakistán tiene la capacidad de «borrar a la India del mapa en pocos segundos»[17]. En mayo de 1998, con apenas una semana de diferencia, ambos Estados llevan a cabo una serie de ensayos que los convierten a todos los efectos en potencias nucleares. Pero mientras la India, pese a su rechazo explícito del Tratado de No Proliferación (TNP), adoptaría una posición responsable y acorde con los términos que establece el TNP, Pakistán y sus científicos jugarían un papel mucho más inquietante para la comunidad internacional en materia de proliferación nuclear.

La nuclearización de la India y Pakistán altera profundamente el contexto geopolítico de Asia del Sur, pero, como se ha indicado, no se traduce en un cambio significativo en la dinámica bilateral. La tensión, escaramuzas y ataques terroristas pakistaníes en suelo indio se han mantenido e incluso agravado desde entonces. De hecho, la utilización del terrorismo con fines estratégicos ha sido frecuente.

[16] Haqqani, H. (2005). *Pakistan. Between Mosque and Military*. Penguin/Viking. P. 119.
[17] Haqqani, H. (2016). *India vs Pakistan. Why can't we just be friends?* Juggernaut Books. Pp. 76-79.

Desde 1977, con la llegada al poder del general Zia ul-Haq y, dos años después, con el inicio de la yihad afgana, grupos islamistas y organizaciones terroristas han tenido una presencia cada vez mayor en la política interior y exterior de Pakistán. La invasión soviética de Afganistán sitúa a Pakistán en la primera línea del frente de la Guerra Fría y eso ayuda tanto a la supervivencia política de Zia como a que no se prestara excesiva atención a la senda de radicalización que introdujo su régimen. La India no tardaría en sufrir las consecuencias de esta deriva. Así, coincidiendo con la retirada de las tropas soviéticas del teatro afgano en febrero de 1989, lo que había empezado como una suerte de *intifada* cachemir mutó rápidamente en una insurgencia terrorista con la infiltración en territorio indio de militantes pakistaníes de Lashkar-e-Toyba (LeT, ejército de los rectos o virtuosos), Hizb-ul-Mujahideen (HM, partido de los guerreros sagrados) o Jaish-e-Mohammed (JeM, el ejército de Mahoma). Las estimaciones varían, pero solo de 1990 a 1995 la cifra de víctimas mortales oscila de las 13.000 que reconoce la India oficialmente a las 50.000 de otras fuentes.

En estas últimas tres décadas, en lo que es un patrón recurrente, se han producido ataques terroristas o convencionales contra la India con el objetivo de truncar cualquier posibilidad de normalización de la relación bilateral. Así, ante el deshielo lanzado en febrero de 1999 por el primer ministro indio, Atal Bihari Vajpayee, y su homólogo pakistaní, Nawaz Sharif, con el primero cruzando a territorio pakistaní a través del famoso puesto fronterizo de Wagah en Punjab, el jefe de las Fuerzas Armadas pakistaníes, general Pervez Musharraf, decidió lanzar en mayo un ataque contra posiciones indias en el distrito de Kargil próximo a la LOC en Cachemira. La cuarta guerra indo-pakistaní se desarrolló de mayo a julio de 1999 y la presión de la administración Clinton fue clave para acordar un alto el fuego. La India y Pakistán se enfrentaban militarmente a los pocos meses de convertirse en potencias nucleares, así que ya no se trataba solo de un conflicto convencional localizado entre dos vecinos, sino que podía escalar a algo mucho más grave de forma rápida e imprevista. Años después, Musharraf, ya en calidad de presidente, también sufriría esta dinámica en sus propias carnes. Seis bombas en el metro de Mumbai en julio de 2006 que ocasionaron 209 muertos y más de 650 heridos truncaron lo que Musharraf, un año antes en Nueva Delhi, había calificado como un «proceso de paz irreversible»[18].

[18] Peace process «irreversible», say India and Pakistan. *China Daily*. (18 abril 2005). https://www.chinadaily.com.cn/english/doc/2005-04/18/content_435226.htm

Esta práctica de utilizar el terrorismo con fines estratégicos ha incluido ataques audaces como los intentos de asalto por comandos suicidas de la Asamblea Legislativa de Srinagar el 1 de octubre de 2001 y de la Lok Sabha, cámara baja, en Nueva Delhi el 13 de diciembre de 2001. Estos ataques provocaron una movilización general en la India que posicionó sus fuerzas en la frontera con Pakistán, lo que sirvió a su vez de excusa al ejército pakistaní para recolocar sus fuerzas desde la frontera afgana, adonde se habían desplazado con el fin de sellar los pasos de montaña. La operación inicial de las fuerzas especiales de EE. UU. en Afganistán contra los talibanes y Al Qaeda —incluida la posible captura de Osama Bin Laden— fracasaron al quedar descubierta la frontera con las áreas tribales de Pakistán. De esta manera, estos atentados, particularmente el de Nueva Delhi, tuvieron un impacto profundo y duradero. Cabe preguntarse si EE. UU. habría permanecido en Afganistán de haber capturado a Bin Laden en 2001-2002. La India y Pakistán permanecieron al borde de la guerra hasta junio de 2002 cuando Nueva Delhi aceptó desmovilizar su ejército por presión del secretario de Estado norteamericano, Colin Powell.

La llegada al poder en septiembre de 2008 de Asif Ali Zardari, viudo de Benazir Bhuto —asesinada el 27 de diciembre de 2007— fue precedida por el atentado contra la embajada de la India en Kabul el 7 de julio de 2008 que mató a 58 personas e hirió a 141. Y apenas dos meses después, el 26 de noviembre de 2008 se produjo uno de los ataques más graves cuando diez terroristas de LeT llegados de Pakistán asediaron la ciudad de Mumbai durante tres largos días en los que provocaron cerca de 200 víctimas mortales. La interceptación en tiempo real de las comunicaciones de los terroristas con sus controladores en Karachi, junto con la confesión del único militante capturado con vida, permitieron demostrar sólidamente la responsabilidad del *establishment* pakistaní. Este atentado desbarató por completo la intención declarada de Zardari de avanzar en el diálogo con la India y dañó la ya de por sí deteriorada imagen de Pakistán. Así, la entonces secretaria de Estado, Condolezza Rice, declaró que «concentrar sus energías en una amenaza india que no existe es un error colosal. Pakistán tiene que tomar una decisión estratégica, que la asociación con terroristas tiene que acabar»[19].

[19] Haqqani, H. (2016). *India vs Pakistan. Why can't we just be friends?* Juggernaut Books. P. 134.

Así, los militares pakistaníes se han valido o bien de grupos terroristas o bien han provocado tensiones o enfrentamientos militares para descarrilar todos los intentos de normalización con la India. Lo que refuerza la hipótesis apuntada en cuanto al desinterés estratégico del Ejército por alcanzar una paz duradera y estable con la India. Por eso, tal y como apunta la profesora Christine Fair, no cabe equiparar a uno y otro. Y es más, «caracterizar a la India y Pakistán como igualmente responsables no es solo empíricamente incorrecto, sino que contribuye a la raíz del problema: el comportamiento de Pakistán […] La India ha actuado con notable contención pese a las décadas de provocación pakistaní […] Las únicas partes que se benefician de esa visión de la disputa indo-pakistaní son el Ejército pakistaní y sus *proxies* terroristas»[20]. Y ciertamente, como apunta el exconsejero de Seguridad Nacional indio, Shivshankar Menon, es significativo que «Lashkar-e-Toyba, a diferencia de otros grupos terroristas, nunca ha atacado objetivos pakistaníes»[21].

El intento del gobierno de Narendra Modi de relanzar las conversaciones con Pakistán ha recibido, como los precedentes, una respuesta en forma de ataques terroristas transfronterizos. Ninguna novedad en este sentido. Sin embargo, el 29 de septiembre de 2016, diez días después de un ataque terrorista contra la base india de Uri, en Cachemira, el ejército indio condujo, por vez primera, una acción de represalia contra un campamento terrorista situado más allá de la Línea de Control. Lo que Nueva Delhi calificó de «exitosa intervención quirúrgica» causó estupefacción en Islamabad quien, por vez primera en décadas, pareció no llevar la iniciativa en esta disputa. En la India, generó entusiasmo en muchos sectores hastiados de la tradicional prudencia estratégica de Nueva Delhi frente al terrorismo pakistaní[22]. Sin embargo, esta política entraña serios riesgos y no ha tenido continuidad. Así que el marco bilateral entre la India y Pakistán permanece inalterado y la variable clave a tener en cuenta desde la óptica india es la relación con China.

[20] Fair, C. C. (June 2015). False Equivalency in the Indo-Pakistan Dispute. *War on the Rocks.* https://warontherocks.com/2015/06/false-equivalency-in-the-indo-pakistan-dispute/

[21] Menon, S. (2016). *Choices. Inside the Making of India's Foreign Policy.* Brookings. P. 61.

[22] *Vid.* Gokhale, N. A. (2017). *Securing India the Modi Way. Pathankot, Surgical Strikes and More.* Bloomsbury. Pp. 23-93.

China: el gran desafío estratégico

Si Pakistán permanece como el gran dolor de cabeza, China es la gran preocupación estratégica para la India. Y ambas convergen dado el sólido vínculo entre Pekín e Islamabad, definido tradicionalmente por la diplomacia china como «más alto que los Himalayas y más profundo que el océano» y, hace pocos años, por el entonces primer ministro pakistaní, Nawaz Shariff, como «más dulce que la miel». Asimismo, la creciente proyección china hacia el vecindario, incluyendo el Indopacífico, unida a una política cada vez más asertiva por parte de Pekín, inquieta en Nueva Delhi y es el principal combustible del acercamiento a Washington y la mayor disposición india hacia el Quad y la idea del Indopacífico en los últimos años. Sin embargo, aunque a la India le satisface la contención sobre Pekín, no quiere ser —por temor a pagar un precio muy alto— ni el primero ni el más destacado en esa línea del frente que se está configurando. De igual forma, la tradicional apuesta en Nueva Delhi por su «autonomía estratégica» y la preferencia por un entorno multipolar siguen muy presentes y explican la prudencia y, en ocasiones, aparentes ambigüedades en la política exterior india, incluyendo, por ejemplo, sus vínculos con Rusia o Irán o la escasa disposición de Nueva Delhi por enarbolar la bandera de la defensa de la democracia más allá de sus fronteras.

China y la India son los grandes países y protagonistas del denominado siglo asiático, pero tienen poco o nada en común y, en términos históricos, no se han percibido mutuamente como vecinos hasta hace bien poco. Así, aunque ambos países hunden sus raíces civilizatorias varios milenios atrás, no es hasta la independencia de la India en agosto de 1947 y el establecimiento de la República Popular China en octubre de 1949 cuando empiezan a tener una relación más intensa y relevante para ambas partes. Durante los primeros años, Nehru impulsó una política de acercamiento entusiasta hacia Pekín que se mostraba, inicialmente, más cauta. El entusiasmo de Nehru se reflejaba en el lema *Hindi-Chini Bhai-Bhai* (indios y chinos son hermanos). Uno de los asuntos de fondo para la cautela de Pekín era su rechazo al trazado fronterizo en Tíbet heredado del Raj Británico, la denominada línea McMahon calificada por China como vestigio ilegal del colonialismo. No obstante, hay un primer periodo de acercamiento que incluye la visita de Nehru a Pekín en 1954 donde, según las crónicas de la época, un millón de ciudadanos chinos se echaron a las calles para recibirle. El primer ministro chino, Zhou Enlai, devolvió la visita ese mismo

año. Y ambos líderes diseñaron, junto a otros como Tito, Nasser o Sukarno, el denominado Movimiento de los No Alineados, establecido formalmente en Belgrado en 1961. Su espíritu, condensado en la idea de la coexistencia pacífica, entró rápidamente en quiebra, precisamente, por la guerra sino-india de 1962 y la posterior detonación nuclear china de 1964.

La anexión china del Tíbet en 1950 supone que por vez primera en la historia haya presencia militar china en la frontera con la India y el levantamiento tibetano de 1959 actúa de preámbulo del enfrentamiento de 1962. La India acoge al Dalai Lama y el gobierno tibetano en el exilio desde aquel levantamiento y a unos cien mil tibetanos. Nueva Delhi permite su instalación en Dharamsala, en las faldas del Himalaya indio, aunque no actividades políticas que cuestionen abiertamente la integridad territorial china, que la India no cuestiona. La guerra sino-india se desarrolla entre octubre y noviembre de 1962 y se salda con una humillante derrota para Nueva Delhi. La India se vio arrollada por el ejército chino, hasta tal punto que —ante el temor de que China pudiera intentar un asalto a la capital— Nehru pidió la intervención y asistencia del presidente de EE. UU., J. F. Kennedy. China ocupa desde entonces una porción de lo que en aquel momento era parte de la Cachemira india. Si bien, se retiraron de amplias zonas fronterizas que habían ocupado durante su ofensiva. El recuerdo traumático de esta guerra sigue muy presente en el pensamiento estratégico indio. También por ser uno de los motivos que impulsan el acercamiento entre Islamabad y Pekín. Así, durante las guerras indo-pakistaníes de 1965 y 1971, analizadas en el apartado anterior, China no solo suministró equipamiento militar a Islamabad, sino que amenazó con abrirle otro frente a la India en Sikkim o Arunachal Pradesh, lo que Pekín denomina y reclama como Tíbet meridional. Además, el acercamiento sinoestadounidense se articula, inicialmente, a través de Pakistán, lo que, a su vez, motiva el acercamiento indo-ruso (tras los enfrentamientos armados sino-soviéticos de 1969) y la firma del Tratado de 1971 ya referido. Se configura así, una alianza entre Pakistán, China y EE. UU., por un lado, y entre la India y la Unión Soviética, por otro, introduciendo de lleno a Asia del Sur en la dinámica de la Guerra Fría.

La relación bilateral sino-india inicia un deshielo en la segunda mitad de los años ochenta con la visita del primer ministro indio, Rajiv Gandhi —hijo de Indira y nieto de Nehru— a Pekín en noviembre de 1988 para reunirse con Deng Xiaoping. El primer ministro

chino, Li Peng, devuelve la visita en 1991, con lo que treinta años después, China y la India intercambian de nuevo encuentros al nivel de jefes de gobierno. El interés de ambas partes conduce a la firma del conocido como Acuerdo de Paz Fronteriza y Tranquilidad de septiembre de 1993. Este acuerdo no resuelve la disputa fronteriza, sino que se construye sobre la voluntad de las partes de encontrar un *modus vivendi* y sobre la distinción conceptual entre línea (*boundary*) y zona fronteriza (*border*). El primero sería «la línea acordada por los dos Estados y normalmente delineada en mapas y demarcada sobre el terreno por ambas partes. Una frontera, en cambio, es una zona entre dos Estados, naciones o civilizaciones y que es, frecuentemente también, un área donde los pueblos, las naciones y las culturas se entremezclan y están en contacto»[23]. Este acuerdo tiene su continuación en el Acuerdo de Creación de Medidas de Confianza Militar de 1996. Cabe apuntar que, ese mismo año, China firma un acuerdo similar con Rusia, Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán que es el germen de la futura Organización de Cooperación de Shanghái, a la que la India se adherirá como miembro pleno en 2017. Sin embargo, a diferencia del acuerdo suscrito con la India, Pekín sí resuelve definitivamente la cuestión fronteriza con los Estados sucesores de la URSS y también con Myanmar, cuya frontera bilateral era también la de la línea McMahon británica, lo que demuestra que China tiene un acercamiento flexible al asunto. En cualquier caso, hasta hace bien poco, el acuerdo de 1993 era percibido con razonable satisfacción en Nueva Delhi porque, pese a todo, esa había sido «la frontera más pacífica en los últimos treinta años, sin incidentes armados o terrorismo transfronterizo»[24].

Este clima cooperativo se traduce en el auge del comercio bilateral y en un acercamiento cada vez más fluido. Tanto que, durante años, se debatió profusamente la idea de *Chindia* —esto es, el conjunto de China e India «poniendo especial énfasis en el carácter mutuamente complementario de sus economías y en el acercamiento y la convergencia en su política exterior y sus intereses estratégicos»[25]. El clímax se alcanza, quizás, durante un encuentro bilateral de primeros ministros en 2005 en el que Manmohan Singh indicó que «juntas, la India y China pueden moldear el

[23] Menon, S. (2016). *Choices. Inside the Making of India's Foreign Policy.* Brookings. P. 8.
[24] Menon, S. (2016). *Choices. Inside the Making of India's Foreign Policy.* Brookings. P. 22.
[25] Bustelo, P. (2010). *Chindia. Asia a la Conquista del siglo XXI.* Tecnos/Real Instituto Elcano. P. 15.

mundo». Sin embargo, la relación se ha ido deteriorando progresivamente desde entonces y, de nuevo, ha gravitado sobre la cuestión fronteriza. Así, por ejemplo, desde 2010, a los ciudadanos indios de Cachemira, China les pone el visado y el sello correspondiente en una hoja separada del pasaporte indicando, implícitamente, que no reconoce de la soberanía india sobre ese territorio[26]. A eso se añade la construcción china de infraestructuras en la Cachemira administrada por Pakistán —y que, según algunas fuentes, podría incluir el despliegue permanente de tropas chinas. La desconfianza estratégica india se alimenta de la «sospecha de que China desea usar al problemático vecino [de la India] para contener sus aspiraciones regionales y no digamos globales»[27].

Además, la creciente proyección de Pekín hacia el conjunto del vecindario indio, también en el Indopacífico en lo que se conoce como «collar de perlas», esto es una serie de puertos de construcción o utilización china, potencialmente también de posible uso militar o de obtención de inteligencia. Hay varios en el vecindario inmediato de la India: Hambantota en Sri Lanka; Chittagong y Mongla en Bangladés; y Gwadar, en Pakistán. Este último forma parte de lo que se conoce como el Corredor Económico China-Pakistán (CPEC en sus siglas en inglés) y que inquieta particularmente a Nueva Delhi. El CPEC, con un presupuesto estimado de 46.000 millones de dólares, aspira a conectar Gwadar, un puerto de aguas profundas en el mar Arábigo, con la zona meridional de Xinjiang en China para transportar tanto gas o petróleo por tubería como mercaderías. Pekín insiste en el carácter puramente comercial de este proyecto y otros bajo el paraguas de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI en sus siglas en inglés), pero la India recela de su impacto estratégico. Desde la óptica de Nueva Delhi el BRI «cierra» potencialmente el acceso de la India al espacio eurasiático y no ofrece un entorno equilibrado, sino netamente favorable a China y sus compañías estatales. Por estas razones, la India apostó durante años por desarrollar el puerto iraní de Chabahar, a menos de 100 kilómetros del de Gwadar, como posible vía de acceso terrestre a Afganistán y Asia Central. El menor músculo financiero indio no ha permitido, por ahora, un desarrollo significativo de este proyecto. Asimismo, en

[26] Tharoor, S. (2012). *Pax Indica. India and the World in the 21st Century.* Penguin/ Allen Lane. P. 140.

[27] Tharoor, S. (2012). *Pax Indica. India and the World in the 21st Century.* Penguin/ Allen Lane. P. 146.

noviembre de 2020, la India rechazó explícitamente adherirse al marco del BRI.

Todo ello, pese a que la intención inicial de Narendra Modi al llegar al poder en mayo de 2014 era articular una relación bilateral amistosa y cooperativa, dando primacía a los aspectos económicos. Modi ya había visitado China en varias ocasiones como ministro en jefe (*Chief Minister*) de Gujarat y mostrado su admiración por el modelo de desarrollo chino en cuestión, sobre todo, de infraestructuras. Su intención era aumentar el comercio —corrigiendo el fuerte desequilibrio a favor del lado chino— y atraer inversiones de Pekín en el marco del programa *Make in India* lanzado por su gobierno. Las visitas del presidente Xi Jiping a India (septiembre de 2014) y la posterior de Modi a China (mayo de 2015) estuvieron plagadas de gestos simbólicos y de acuerdos en este sentido. Sin embargo, la permanente cobertura diplomática otorgada por China a Pakistán en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, así como el inicio de un nuevo ciclo de tensiones y escaramuzas fronterizas recurrentes desde el verano de 2017, han terminado de enfriar la relación e incentivar el deseo de Nueva Delhi por reforzar su vínculo con EE. UU. y sus aliados en el Indopacífico. En claro contraste con la declaración entusiasta de Singh diez años antes, durante su rueda de prensa conjunta con el primer ministro chino, Li Keqiang, en mayo de 2015 en Pekín, Modi indicó que «ambos debemos ser sensibles a los intereses del otro». Una clara advertencia de la irritación de Nueva Delhi con Pekín.

EE. UU.: ¿aliado natural y apertura al Indopacífico?

Una clara consecuencia de esta irritación ha sido el reforzamiento de los vínculos con Washington, aunque el replanteamiento de la relación con EE. UU. se había iniciado ya en los años 90. Es, de hecho, uno de los cambios más notables con respecto a décadas precedentes. Antes del distanciamiento provocado por el acercamiento sinoestadounidense y el respaldo a Pakistán durante la guerra de liberación de Bangladés en 1971 y pese a la apuesta de Nehru por el no alineamiento, este había buscado una suerte de relación especial con EE. UU. La India estaba interesada en acceder a tecnología, ayuda económica, cooperación académica, etc. pero sin demasiado éxito dado el contexto de Guerra Fría y el mantenimiento indio de una economía cerrada. La caída de la Unión Soviética en 1991, la quiebra de las finanzas públicas indias ese mismo año y la configu-

ración de un nuevo entorno estratégico global, impulsan a Nueva Delhi a una difícil adaptación.

Más difícil aún si tenemos en cuenta que el tema central en la agenda bilateral entre la India y EE. UU. durante la década de los años 90 es el de la nuclearización de la India. En 1989, ante el escaso interés despertado por su propuesta por eliminar las armas nucleares en Asia del Sur —es decir, detener el programa pakistaní y el posible despliegue de armas nucleares chinas—, Rajiv Gandhi insta a reactivar el programa nuclear indio que había quedado en estado de latencia desde el ensayo de 1974[28]. La anunciada extensión a partir de 1995 del Tratado de No Proliferación (TNP), del que la India no era signataria y calificaba de «apartheid nuclear», junto con la adopción del Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares en 1996, aceleran los preparativos indios, pese a las advertencias de graves consecuencias por parte de EE. UU. El ensayo indio de mayo de 1998, a las dos semanas de la llegada al poder de Atal Bihari Vajapayee del BJP, genera una ola de fervor patriótico en la India y tensa la relación con Washington.

Como era previsible, EE. UU. impone rápidamente sanciones a la India. Pero, irónicamente, la nuclearización será el vector que propiciará el diálogo que culminará en pocos años en un acercamiento estratégico sin precedentes. El deshielo comienza con la visita de una semana del presidente Clinton en marzo de 2000, pero es con la administración de George Bush hijo cuando se produce la verdadera transformación. Durante su mandato, el lugar de la India en el pensamiento estratégico estadounidense cambiará drásticamente. La India será percibida desde Washington, cada vez más, como el mejor contrapeso a China en Asia y un aliado natural de EE. UU. Irá tomando cuerpo la narrativa del acercamiento entre la democracia «más antigua y la más poblada». Se producirá lo que se conoce como «desenguionamiento» (*de-hyphenation*), o lo que es lo mismo, la India ya no iría siempre seguida de Pakistán tras un guion, sino que sería un actor con entidad propia en la conversación estratégica estadounidense. Pakistán, por el contrario, y para lamento de Islamabad, quedaría progresivamente subsumida bajo el acrónimo Af-Pak.

En marzo de 2005 la entonces secretaria de Estado, Condolezza Rice, anuncia la insólita e histórica decisión de EE. UU. de

[28] Cohen, S. P. y Dasgupta, S. (2010). *Arming without aiming. India's Military Modernization.* Penguin/Viking. P. 100.

ayudar a la India a «convertirse en una gran potencia». Para ello se pondría en marcha un amplio diálogo estratégico que incluiría potenciar las capacidades militares indias en áreas sensibles como misiles y tecnologías punta. El plan de EE. UU. incluía la aceptación y normalización del programa nuclear civil de la India. Así que lejos de convertirla en un paria, la nuclearización había elevado el peso estratégico de la India no solo a ojos de China, sino también de los de EE. UU. Eso explica por qué «Washington empleó un extraordinario capital político para asegurar tanto el consentimiento del Congreso para enmendar la ley doméstica de EE. UU. como el acuerdo dentro del Grupo de Suministradores Nucleares (GSN) para permitir el comercio nuclear global de la India»[29]. El 18 de julio de 2005, durante su visita a Washington, el primer ministro indio, Manmohan Singh y el presidente Bush presentan una declaración conjunta que ponía fin oficialmente a tres décadas de moratoria en el comercio nuclear[30]. Los críticos en EE. UU. argüían que el acuerdo con la India dañaría los esfuerzos en materia de no proliferación. Pero, lo cierto es que la India se ha convertido también de facto en un actor que contribuye a la robustez del TNP sin ser miembro formalmente.

Pese a este extraordinario impulso, la relación bilateral no avanzó tan deprisa como se esperaba e, incluso, pareció estancarse durante la administración Obama. Por un lado, por razones de política doméstica, ya que, durante su segundo gobierno, Manmohan Singh era reacio a ir mucho más allá por temor a perder el apoyo de algunos miembros de su coalición parlamentaria. Por otro lado, aunque el presidente Obama ofreció, por ejemplo, apoyo a la aspiración de Nueva Delhi de convertirse en miembro permanente del Consejo de Seguridad durante su discurso de noviembre de 2010 a una sesión del parlamento indio, el menor énfasis puesto en la contención de China por su Administración atemperó el interés por Nueva Delhi. A todo ello se sumaba la frustración norteamericana con la lentitud para adoptar reformas en Nueva Delhi y las dificultades para avanzar en la asociación estratégica con la India. Un ejemplo bien conocido y simbólico fue la decisión india de no considerar ni al F18 ni al F16 entre los finalistas para un gran contrato de adquisición de más de 100 cazabombarderos. Al final, se asistió a un duelo euro-

[29] Tellis, A. J. (2015). US-India Relations. The Struggle for an Enduring Partnership. En: Malone, D. M., Mohan, R. C. y Raghavan, S. *The Oxford Handbook of Indian Foreign Policy*. Oxford University Press. P. 489.

[30] Joint Statement by President George W. Bush and Prime Minister Manmohan Singh of India. (18 julio 2005). https://www.govinfo.gov/content/pkg/WCPD-2005-07-25/pdf/WCPD-2005-07-25-Pg1182.pdf

peo entre el Rafale y el Eurofighter, agudizando la incomprensión e irritación de muchos en Washington ante lo que percibían como falta de reciprocidad india con la generosidad estadounidense.

La llegada al poder de Narendra Modi en mayo de 2014 supone un nuevo estímulo a la relación bilateral. Durante su viaje a Nueva York para asistir a la Asamblea General de Naciones Unidas en septiembre de ese mismo año, Modi se reunió con Obama en la Casa Blanca. En aquel momento no resultaba evidente que tuviera que ser así. Modi había estado sujeto durante años a la prohibición de visado para EE. UU. como resultado de la violencia comunal que sacudió Gujarat en 2002 y eran muchas las voces desde el nacionalismo hindú que le pedían que hiciera pagar ahora a los estadounidenses por aquello. Sin embargo, Modi no desaprovechó la oportunidad. Otro aspecto destacable de este viaje, y que sería una constante a partir de entonces, fue el encuentro organizado con la diáspora india en un Madison Square Garden de Nueva York lleno a rebosar. El gobierno de Modi ha puesto mucho empeño en incorporar a las diásporas indias en el diseño de su acción exterior. Sin duda, un gran activo para el país y en lugares muy diversos. En EE. UU. se estima en unos tres millones y son el grupo étnico con mayor renta media per cápita, con representantes importantes en el ámbito político, empresarial y diplomático de EE. UU.

La llegada de Donald Trump generó dudas en cuanto al mantenimiento del conocido como «altruismo estratégico» de EE. UU. con relación a la India. Los resultados de su Administración presentan claroscuros. Por un lado, su enfoque transaccional de las relaciones internacionales tiene menos impacto del esperado, aunque a finales de 2018 Trump calificó a la India de «rey del arancel». Pero eso quedaba compensado por la evidente química personal entre Modi y Trump. Sus encuentros bilaterales fueron acompañados de sendos actos multitudinarios. En el primero, en septiembre de 2019 congregando a 50.000 personas en Houston, muchos de ellos de la diáspora indo-americana, mostrando también su relevancia desde el ángulo electoral. En su discurso, Modi se mostró halagador hasta la adulación con Trump. Un hombre «cálido, amigable, accesible, energético, lleno de ingenio y un verdadero amigo de la India», según las palabras del mandatario indio[31]. En el segundo, en febrero de 2020, Modi, de nuevo, recurrió a las masas para seducir a Trump y congregó a unas

[31] «Howdy, Modi!»: Trump hails Indian PM at «historic" Texas rally». *BBC World.* (23 septiembre de 2019). https://www.bbc.com/news/world-us-canada-49788492

100.000 personas en Gujarat que vitorearon entusiastas al dirigente norteamericano.

El énfasis de Trump en China y su apuesta por el Indopacífico como concepto y principal teatro de esta competición estratégica también apuntaban a un estrechamiento de la relación bilateral. En febrero de 2015, aún con Obama en la Casa Blanca, la India y EE. UU. habían firmado un documento de visión estratégica compartida para la región de Asia-Pacífico y el océano Índico. Cabe destacar que se hable de región en singular, pero aún de dos espacios, Asia-Pacífico, por un lado, y el océano Índico, por el otro[32]. Asimismo, que la India, asumía como propio el objetivo de «asegurar la libertad de navegación y de sobrevuelo a través de la región, especialmente en el mar del Sur de China». Durante la Administración Trump, el Departamento de Estado adopta en noviembre de 2019 el documento *A free and open Indo-Pacific. Advancing a shared visión*[33] y el Departamento de Defensa su *Indo-Pacific Strategy Report*[34] en junio de ese mismo año. La India ocupa un lugar muy destacado en ambos documentos. En el del Departamento de Estado se dice explícitamente que una «asociación [*partnership*] fuerte es vital para la visión del Indopacífico de EE. UU.». Mientras que el de Defensa apuesta por operacionalizar el acuerdo de junio de 2016 por el que la India adquiere la categoría de «gran socio en Defensa» (*major Defense partner*), un estatus único que busca elevar la asociación al nivel de la que EE. UU. mantiene con sus aliados más próximos.

Pese a todo ello, la relación no termina de avanzar como se esperaba y, en parte, no por las razones que cabría esperar. Así, el cuestionamiento de la OTAN y el compromiso con sus aliados más próximos genera dudas en Nueva Delhi. Si Washington podía ignorar sus compromisos con aliados de larga duración, qué debía

[32] *U. S.-India Joint Strategic Vision for the Asia-Pacific and Indian Ocean Region*. The White House. (25 enero 2015). https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/01/25/us-india-joint-strategic-vision-asia-pacific-and-indian-ocean-region#:~:text=As%20the%20leaders%20of%20the,on%20a%20Joint%20Strategic%20Vision

[33] *A Free and Open Indo-Pacific. Advancing a shared vision*. US Department of State. (4 noviembre 2019). https://www.state.gov/wp-content/uploads/2019/11/Free-and-Open-Indo-Pacific-4Nov2019.pdf

[34] *Indo-Pacific Strategy Report. Preparedness, Partnerships, and Promoting a Networked Region*. US Department of Defense. (1 junio 2019). https://media.defense.gov/2019/Jul/01/2002152311/-1/-1/1/DEPARTMENT-OF-DEFENSE-INDO-PACIFIC-STRATEGY-REPORT-2019.PDF

esperar la India caso de producirse una gran crisis con China. Lo mismo cabe apuntar con respecto a las iniciativas del presidente norteamericano con relación a Corea del Norte sin consultar con Corea del Sur o Japón. Así las cosas, en junio de 2018, durante un discurso, Modi relanza la idea de la «autonomía estratégica», una forma de apostar por la relación con EE. UU., pero sin confrontar a Rusia o China. En opinión de Robert Blackwill y Ashley Tellis —dos de las personas que más han contribuido desde dentro y desde fuera de la Administración al refuerzo del vínculo indo-estadounidense[35]— que Modi rescatara esta idea reflejaba «la crisis de confianza de la India en la América de Trump como socio de seguridad»[36].

La India, no obstante, ha seguido apostando por el Indopacífico, pero manteniendo la ambigüedad con respecto a la contención explícita de China y sin cerrar las puertas a la relación con países como Rusia o Irán, enfrentados a su vez con Washington. La creciente adopción del Indopacífico como marco conceptual de la política exterior india es otra de las grandes transformaciones, cuyo origen también se encuentra en la década de los noventa. Supone pasar de décadas de enfoque exclusivamente terrestre en relación con sus problemáticos vecinos inmediatos a uno marítimo y ampliado.

En 1997, el entonces primer ministro Inder Kumar Gujral, se refiere por primera vez al «vecindario extendido». Inicialmente para referirse a los países ribereños del golfo de Bengala y su conexión con el sudeste asiático. Esta visión se irá ampliando para incluir también el área del golfo Pérsico, la costa Este de África y Asia Central. Es decir, conceptualizar y abordar un área donde se localizan los principales suministradores de energía (el Golfo, África y Asia Central), los mayores socios comerciales y financieros (el Golfo y la ASEAN), y los desafíos y amenazas más graves (Pakistán y China). Esta nueva visión irá consolidándose con la Doctrina Marítima India de 2004 o la Estrategia Militar Marítima de la India de 2007. Estos documentos reflejan la aspiración

[35] Robert Blackwill fue embajador de EE. UU. en la India de 2001 a 2003 y Ashley J. Tellis, su asesor y también del subsecretario de Estado. Los dos cuentan con una dilatada trayectoria en el ámbito de los *think tank* de Washington y ambos jugaron un papel clave en la reformulación de la perspectiva sobre la India en EE. UU. y el acuerdo nuclear civil de 2005.

[36] Blackwill, R. D. y Tellis, A. J. (Septiembre/octubre 2019). New Delhi Remains Washington's Best Hope in Asia. *Foreign Affairs.* https://www.foreignaffairs.com/articles/india/2019-08-12/india-dividend

de Nueva Delhi de pasar de control costero a disponer de una marina oceánica capaz de proyectarse por todo el Índico[37].

Esta vocación incluye también el impulso y la participación en foros multilaterales como el Indian Ocean Rim Association (IORA) creada en marzo de 1997 bajo el liderazgo de la Sudáfrica de Nelson Mandela y con la India también como miembro fundador. La asociación tiene fines muy diversos, pero fundamentalmente de fomento de relaciones comerciales y económicas. En la actualidad cuenta con veintidós miembros, diez socios para el diálogo y una secretaria permanente en las islas Mauricio[38]. De igual forma, la India impulsa la Iniciativa para la Cooperación Económica y Técnica Multisectorial en el golfo de Bengala (BIMSTEC en sus siglas inglés) en la que participan Bangladés, Bután, la India, Myanmar, Nepal, Sri Lanka y Tailandia y cuyo secretariado está en Dhaka. La BIMSTEC, establecida también en 1997, trata de dejar a un lado los asuntos geopolíticos y centrar sus esfuerzos en mejorar la conectividad y el desarrollo económico regional. Ambos foros perdieron impulso al poco de su creación y se han revitalizado en los últimos años, coincidiendo con el mayor interés de la India y otros miembros. En los asuntos índicos, Modi también trata de sacar partido de las diásporas indias, en los países de la costa del Este de África, particularmente en Kenia y Tanzania, y también en el sudeste asiático, con énfasis en Malasia y Singapur.

Además, cabe mencionar el desarrollo de una base aérea en la isla Nicobar que, junto con las Andamán, permiten a la India controlar la salida occidental del estratégico estrecho de Malaca y, aspirar, a dominar el golfo de Bengala como sucedía en tiempos británicos. Asimismo, Nueva Delhi ha alcanzado acuerdos de vigilancia y patrulla de sus aguas con las islas Seychelles e Isla Mauricio y de uso y acceso a la gran base naval que tiene Francia en Reunión y multiplica las opciones de proyección india en la zona oeste

[37] *Vid.* Vilchés Alarcón, A. A. (28 septiembre 2019). Armada india. La potencia desconocida. *Revista Ejércitos.* https://www.revistaejercitos.com/2018/09/28/armada-india/

[38] Los veintidós miembros son: Australia, Bangladés, islas Comores, Emiratos Árabes Unidos, la India, Indonesia, Irán, Kenia, Madagascar, Malasia, islas Maldivas, isla Mauricio, Mozambique, Omán, islas Seychelles, Singapur, Somalia, Sudáfrica, Sri Lanka, Tanzania, Tailandia y Yemen. Las dos ausencias más notables y ambas por razones políticas son las de Pakistán y Myanmar. Los socios para el diálogo son: Alemania, China, Corea del Sur, Egipto, Estados Unidos, Francia, Italia, Jápón, Turquía y el Reino Unido. La Asociación cuenta con dos agencias especializadas: el Centro Regional para la Ciencia y la Transferencia de Tecnología, con base en Teherán; y la Unidad de Apoyo a la Pesca, con sede en Mascate. Asimismo, hay dos observatorios bajo el paraguas de la IORA: el Grupo de Investigación del Océano Índico y la Asociación de la Ciencia Marina del Océano Índico.

del Índico, donde además está construyendo toda una infraestructura de radares. Todo ello buen reflejo de la ambición india en el Índico. En su obra seminal de 2003 *Crossing the Rubicon*, C. Raja Mohan, analista indio de referencia, recuperaba una cita de 1909 de Lord Curzon —virrey y gobernador general de la India de 1899 a 1905 entre otros altos cargos en su carrera— que decía así: «en el oeste, la India debe ejercer una influencia predominante sobre el destino de Persia y Afganistán; en el norte, puede vetar a cualquier rival en el Tíbet; en el nordeste puede ejercer una gran presión sobre China; y es uno de los garantes de la existencia autónoma de Siam [Tailandia]. En alta mar domina las rutas a Australia y a los mares de China»[39]. De hecho, su carácter epónimo refuerza la percepción india de su derecho «natural» a dominar un océano que lleva su nombre. Y de ahí la irritación en Nueva Delhi cuando algún autor o diplomático chino lo cuestiona repitiendo el aparente trabalenguas en inglés de que el *Indian Ocean is not an Indian Ocean* (el océano Índico no es un océano indio).

El Quad o Diálogo Cuadrilateral (*quadrilateral* en inglés y de ahí la apócope de Quad) es la iniciativa más ambiciosa en la que participa la India. Tuvo una primera y efímera etapa en 2006-2007 y en 2017 se relanzó con mucho mayor ímpetu y se ha acelerado en los últimos meses. El Quad tiene su antecedente en el denominado Tsunami Core Group en 2004-05 establecido por funcionarios de EE. UU., Japón, Australia y la India para coordinar su respuesta ante el tsunami que asoló el océano Índico en diciembre de 2004. El primer ministro japonés, Shinzo Abe, fue el claro impulsor del foro y el primero en referirse públicamente al Indopacífico como concepto estratégico por la «confluencia de ambos océanos». Nueva Delhi y Tokio habían firmado en 2006 una declaración conjunta que, sin usar el término, apuntaba en esa línea. Sin embargo, Nueva Delhi se mantuvo cauta durante esta primera etapa. El entonces primer ministro, Manmohan Singh, necesitaba el apoyo de los comunistas para sostener su coalición de Gobierno, quienes ya eran hostiles al acuerdo nuclear civil con EE. UU., así que Singh no quería abrir más frentes internos. Asimismo, Nueva Delhi albergaba la expectativa —frustrada hasta hoy día— de que China no bloqueara su acceso al Grupo de Suministradores Nucleares (GSN), así que no quería irritar a Pekín. Pero, sobre todo, había serias dudas con la posición de Australia

[39] Mohan, R. C. (2004). *Crossing the Rubicon. The Shaping of India's Foreign Policy.* Palgrave MacMillan. Pp. 204-205.

en aquel momento. En noviembre de 2007, Kevin Rudd, crítico con el Quad, se convierte en primer ministro de Australia y en febrero de 2008, su ministro de exteriores, durante una rueda de prensa conjunta con su homólogo chino, anuncia que Canberra no continuaría su participación en este foro.

La relación de la India con Australia y de esta con China es un buen reflejo de cómo ha evolucionado el entorno estratégico del Indopacífico en las últimas tres décadas. Por un lado, el gobierno australiano calificó los ensayos nucleares indios de mayo de 1998 de «acto intolerable» y «grotesco símbolo de estatus» e impuso sanciones y ruptura de cooperación bilateral en todos los ámbitos excepto el humanitario. Sin embargo, dos años después —en la estela de la normalización con EE. UU.—, el entonces primer ministro, John Howard, visitó Nueva Delhi. Por otro lado, el progresivo deterioro a partir de 2014 de la relación con una China cada vez más agresiva —agudizado durante la pandemia de la COVID-19— ha conducido a que Australia deje de considerar a Pekín como un socio y lo perciba ahora como su principal amenaza. Una derivada evidente de esto es que Nueva Delhi «ha emergido como una prioridad bipartita en la política exterior de Australia [..] la visión predominante es que la India es un aliado geopolítico natural»[40]. En junio de 2020, Australia y la India firmaron un acuerdo de asociación estratégica integral.

De forma similar, la India es desde hace más de una década, un consenso bipartito en Washington[41], y este enfoque no solo se ha mantenido, sino que se ha reforzado durante el actual Gobierno de Joe Biden. Así, en marzo de 2021 se produjo un encuentro de los ministros de asuntos exteriores del Quad, en el que se publicó, por vez primera, una declaración conjunta: «Unidos por una visión compartida por un Indopacífico libre y abierto»[42]. Es decir, una velada alusión a China que es el principal vector aglutinante de los miembros del Quad. Y en septiembre de ese

[40] Wesley, M. Modi operandi: why India is vital to our regional strategy. *The Australian.* (12 noviembre 2021). https://www.theaustralian.com.au/inquirer/modi-operandi-why-india-is-vital-to-our-regional-strategy/news-story/cbce79121ea80b3843ec7c028683baae

[41] *Vid.* Joint Study Group Report. (Septiembre 2011). The United States and India A Shared Strategic Future. *Council on Foreign Relations* & *Aspen Institute India.* https://cdn.cfr.org/sites/default/files/pdf/2011/08/USIndia_jointstudygroup_IIGG.pdf

[42] Quad Leaders' Joint Statement: «The Spirit of the Quad». *The White House*. (12 marzo 2021).
https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements-releases/2021/03/12/quad-leaders-joint-statement-the-spirit-of-the-quad/

mismo 2021, los líderes del Quad —Joe Biden, Narendra Modi, Scott Morrison y, entonces, Yoshihide Suga— se reúnen en la Casa Blanca señalando claramente la voluntad de los cuatro por reforzar su cooperación en este marco.

Pese a las altas expectativas y el indudable interés de Nueva Delhi por fortalecer este vínculo, conviene tener en cuenta algunos aspectos. En primer lugar, que la India mantendrá una calculada ambigüedad, buscará equilibrios con otros actores (Rusia, Irán, Francia) tanto tiempo como sea posible y evitará que el Quad se presente explícitamente como una suerte de coalición anti-China y no digamos de «OTAN asiática». Así, en la conferencia anual de asuntos estratégicos, Diálogo Raisina, celebrada en enero de 2019, el secretario de Asuntos Exteriores, Vijay Gokhale, indicó que «la India ha abandona su no alineamiento del pasado. La India es hoy un Estado alineado, pero —aclaró— en función de los temas»[43]. Un año antes en Singapur, el primer ministro, Modi, había defendido un «océano Índico libre, abierto e inclusivo», esto último introduce un matiz, pequeño, pero relevante, en la medida que para Nueva Delhi deja abierta la puerta a otros actores. Al contrario de lo que, quizás, cabría esperar la estrategia aprobada por la administración Trump sí que incluye una mención a un Indopacífico «inclusivo», aunque en referencia a Nepal, Sri Lanka, Bangladés y Maldivas[44]. Mientras que el documento del gobierno Biden no incluye el término ni una vez, aunque sí aparece en la declaración conjunta de marzo de 2021 cuando alude a la vocación por conseguir una región que sea «libre, abierta, inclusiva, saludable, anclada en valores democráticos y libre de coerciones».

La India tampoco se siente particularmente cómoda con la idea de una «alianza de democracias» por más que se haya sumado al denominado D10 (Democracy 10). Este foro —aún en fase de configuración y, en parte, una versión remozada del D10 Strategic Forum impulsado por el Departamento de Estado y lanzado por el Atlantic Council en 2014— reúne a los miembros del G7 (Alemania, Canadá, EE. UU., Francia, Italia, Japón y el Reino Unido) más la

[43] India has moved on from its non-aligned status. India is today an aligned state -but based on issues. (July 2019). En: Pant, H. V. y Taneja, K. (eds.). *Looking Back, Looking Ahead: Foreign Policy in Transition Under Modi*. ORF Special Report 93. P. 4. https://www.orfonline.org/wp-content/uploads/2019/07/ORF_SpecialReport_93_ForeignPolicy-Modi_NEW25July.pdf

[44] A Free and Open Indo-Pacific. Advancing a shared vision. *US Department of State*. (4 noviembre 2019). P. 12. https://www.state.gov/wp-content/uploads/2019/11/Free-and-Open-Indo-Pacific-4Nov2019.pdf

India, Australia, Nueva Zelanda y Corea del Sur. Sin embargo, en Nueva Delhi —y pese a ser una democracia vibrante— pesa más su identidad poscolonial o de Sur Global y su concepción rígida de la soberanía que algunos califican como de «sovereignty hawk»[45]. Asimismo, la concepción india del Índico es amplia y va de la costa este de África hasta el oeste y el sur del Pacífico, e incluye algunas porciones de Oriente Medio y en ocasiones la costa del extremo oriente ruso. Frente a la visión de EE. UU., Australia y Japón que el Índico acaba en la India. Así, por ejemplo, el Mando de EE. UU. para el Indopacífico (el US Indo-Pacific Command o INDOPACOM) abarca hasta la costa occidental india, mientras que otras secciones del océano quedan cubiertas por el Mando Central (CENTCOM) y el Mando para África (AFRICOM). Mapas y concepciones diferentes suelen generar percepciones y políticas distintas.

Por último, conviene no perder nunca de vista lo enraizado y transversal de la apuesta india por su autonomía estratégica. Así, por ejemplo, Teresita C. Schaffer y Howard B. Schaffer indican que «la India aspira a ocupar su lugar entre aquellos que dirigen el mundo […] no busca conquistar nuevos territorios sino evitar que otros limiten la autonomía estratégica de la India o su primacía regional»[46]. De esta manera, con relación a la apuesta actual de la India por el Quad, antes el BRICS o su insistencia en acceder a la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), el analista indio de referencia, C. Raja Mohan, indica que el Quad es «parte de la respuesta de la India al desafío extraordinario que representa China. Los BRICS eran parte de la estrategia de la India en el momento unipolar que surgió tras el final de la Guerra Fría. El actual entusiasmo de Delhi por el Quad tiene que ver con limitar los peligros de un Asia unipolar dominada por China»[47]. En esta línea cabe interpretar la ambivalente respuesta de la India al asunto del AUKUS, el acuerdo trilateral de defensa entre Australia, EE. UU. y el Reino Unido, o los guiños constantes de Nueva Delhi hacia Rusia.

Aunque Rusia ha reiterado muchas veces su oposición al Quad y al concepto del Indopacífico como instrumentos de conten-

[45] Schaffer, T. C. y Schaffer, H. B. (2016). *India at the Global High Table. The Quest for Regional Primacy and Strategic Autonomy.* HarperCollins. P. 62.

[46] Schaffer, T. C. y Schaffer, H. B. (2016). *India at the Global High Table. The Quest for Regional Primacy and Strategic Autonomy.* HarperCollins. P. 81.

[47] Mohan, R. C. The Quad's importance to India's strategic autonomy. *The Indian Express.* (16 marzo 2021). https://indianexpress.com/article/opinion/columns/quad-summit-india-china-relations-brics-nations-7229861/

ción de China, la India no ha cejado en su empeño. Así, por ejemplo, durante su visita a Rusia en julio de 2021, el ministro indio de exteriores, S. Jaishankar, insistió en la esperanza de Nueva Delhi de una presencia y participación más activa de Rusia en el Indopacífico. Para conseguirlo la India apuesta por la apertura de una ruta marítima Chennai-Vladivostok en línea con los esfuerzos del giro a Asia de Moscú después de su ruptura con Occidente tras Crimea. Desde la perspectiva de Nueva Delhi, la separación de Rusia de Europa y EE. UU. no es buena porque, entiende, que echa a Moscú en los brazos de China. De ahí su insistencia por incorporar a Rusia lo más posible en su planteamiento para el Indopacífico. Y eso explica también el alineamiento tácito de Nueva Delhi con Moscú con relación a la invasión rusa de Ucrania.

El AUKUS, por su parte, ha generado reacciones encontradas entre la comunidad de expertos de Nueva Delhi. El pacto declara su intención explícita de disuadir a China y eso resulta útil para Nueva Delhi porque amplía sus opciones y capacidad negociadora frente a Pekín. Además, abre una ventana de oportunidad para una colaboración estratégica más estrecha con Francia al que Nueva Delhi consideraba ya un socio clave en el Indopacífico. La reacción oficial india al anuncio del AUKUS siguió también esa línea de calculada ambigüedad apuntada. Así, el secretario de Asuntos Exteriores, Vardhan Singh, indicó que el pacto «no era relevante para el Quad, ni tendría ningún impacto en su funcionamiento». De hecho, ayuda en la agenda del Quad en la medida que le permite mantener una agenda de cooperación amplia y reduce la presión para que adopte un tono explícitamente anti-China. Sin embargo, y como ha sucedido otras veces en los últimos años, la impresión de que Francia, que no deja de ser un miembro de la OTAN, ha sido ninguneada, ha reforzado las voces de quienes expresan dudas en Nueva Delhi sobre la confiabilidad en EE. UU. como socio de seguridad. Lo que a su vez refuerza la convicción india de la idoneidad de diversificar su cooperación en materia de seguridad y defensa y ahí es donde Rusia juega un papel clave. De igual forma, entre los estrategas indios «existe el temor a que el pacto conduzca a una acumulación de submarinos de ataque nuclear en la zona oriental del océano Índico, erosionando la preeminencia regional de la India»[48].

[48] Singh, A. India is not a bystander in the AUKUS saga. *ORF*. 25 septiembre 2021. https://www.orfonline.org/research/india-is-not-a-bystander-in-the-aukus-saga/

Por todo ello, la relación bilateral entre la India y EE. UU. seguirá atrapada en lo que Ashley Tellis denomina «constreñimientos estructurales» y que son: diferentes percepciones sobre el entorno estratégico (*wordlviews*), prioridades nacionales no siempre coincidentes y asimetrías de poder entre uno y otro[49]. A ello cabe añadir el exceso de expectativas en esta relación bilateral en uno y otro lado, lo que genera frustraciones y malentendidos frecuentes. Así, Blackwill y Tellis, sugieren que Washington debe evaluar el éxito de la relación «no por lo que la India hace por EE. UU., sino por lo que la India hace por sí misma»[50]. Es decir, seguir apostando por un «altruismo estratégico» con la perspectiva de alcanzar lo que Condolezza Rice definió como «un equilibrio de poder en Asia que favorezca la libertad». El tiempo dirá si ha sido así.

[49] Tellis, A. J. (2015). US-India Relations. The Struggle for an Enduring Partnership. En: Malone, D. M., Mohan, R. C. y Raghavan, S. *The Oxford Handbook of Indian Foreign Policy*. Oxford University Press. P. 490.

[50] Blackwill, R. D. y Tellis, A. J. (Septiembre/octubre 2019). New Delhi Remains Washington's Best Hope in Asia. *Foreign Affairs.* https://www.foreignaffairs.com/articles/india/2019-08-12/india-dividend